



LA GUERRA VIRTUAL

Begoña CERZO

El título de este texto es una solución de compromiso entre la urgencia de encontrarlo y la resolución del conflicto que apenas empezaba a ser una guerra. Desgraciadamente, debido a las prisas, lo que promete suena más a videojuego que a reflexión, que es de lo que se trata. Pero para que no haya dudas y teniendo en cuenta el limitado espacio del que disponemos, trataré de evitar el recurso a la plétora de comentarios cínicos que se me ocurren sobre la información que estamos recibiendo, para encontrar un nivel de reflexión más tangencial que podamos compartir, asumiendo que llevamos ya tiempo, todos, leyendo el periódico.

La Escuela Contemporánea de Humanidades (ECH) a la que represento, está empeñada en pensar y en utilizar recursos imaginativos para encontrar en la realidad que vivimos resquicios de algo más que lo evidente. Por ello, voy a situar mi mirada en un espacio que me permita ha-

cer esto mismo. Este año, la ECH ha preparado un programa de estudio orientado a analizar lo que se conoce como sociedad del riesgo, referencia expresiva y teórica del estado vital de contingencia que caracteriza a nuestra sociedad postindustrial y posmoderna. Cuando pusimos a este programa el alti-

***Se ha compartido
de forma simultánea
un estado de conciencia
del desconcierto.***

sonante título *Cuerpo, riesgo y ciudad*, difícilmente podíamos imaginar que íbamos a disponer de un ejemplo tan macabramente literal del riesgo urbano y del cuerpo como el que nos proporciona la coyuntura de los últimos acontecimientos.

El uso del concepto de riesgo, que tiene múltiples interpretaciones para definir la sociedad en que vivimos, está relacionado con el empleo que de este término se hace en el mercado de capital financiero. El capital de riesgo es un marco idóneo para entender cómo la arquitectura de las relaciones de intercambio y mediación, que se refleja en los movimientos de capital, se aleja de los procesos concretos que sustentan estos intercambios y por tanto en el espacio de control obliga a utilizar la probabilidad en vez de la certeza. La imposibilidad de controlar las múltiples relaciones de causa que intervienen en las fluctuaciones de valor convierten a la inversión en un cálculo de probabilidades basado en la observación de la repetición, y por tanto las decisiones de inversión en un riesgo estimado en función de escenarios «razonables».

Uno de los principales teóricos del riesgo, Anthony Giddens, sociólogo y a la sazón director de la prestigiosa London School of Economics, hace una observación sobre la guerra y la violencia que resulta muy interesante como constatación de la tolerancia que mostramos

hacia el riesgo: «Pasar por alto lo que en cualquier estudio informal de la historia aparece como una característica excesivamente obvia e inalterable de la conducta humana —el recurso a la violencia y a la guerra—, es uno de los puntos sin tratar más extraordinarios de la Teoría Social» (*El Estado-nación y la violencia*). Desgraciadamente, parece que de nuevo nos vemos abocados a una situación así, y además tenemos la oportunidad de participar en esta guerra como espectadores de un suceso «inevitable», o al menos eso es lo que parece deducirse de la información de los medios de comunicación sobre los últimos acontecimientos.

En definitiva, hablamos de la función límite sobre la que estamos dispuestos a organizar el juego de evaluación del riesgo, y parece que en este sentido no avanzamos demasiado. Sin embargo, algo ha pasado en relación con la velocidad de la respuesta, ya que se ha creado desconcierto. La generación de un espacio de duda es importante porque supone que se ha producido una oportunidad de tomar o no una decisión.

La importancia de los medios de comunicación de masas en los recientes acontecimientos es doble, primero como escenario de una situación insólita y después, recuperados de su desaliento, como activo reflejo de un cambio, sutil pero presente. Quizás sean los que mejor puedan ilustrar esa vaga declaración, entre escatológica y expectante, que tanto se ha oído estos días —«Después del 11 de septiembre ya nada será igual...»—, pero que no es fácil concretar.

El desarrollo de los medios de comunicación de masas ha sido una de las realidades que, herederas de la capacidad tecnológica del siglo anterior para

ampliar los sistemas de difusión de señales, más ha colaborado en generar una realidad transnacional y transcultural. Aunque los medios no tienen el mérito de crear realidades compartidas mundialmente de base sólida, como es el caso de los mercados abiertos, han dado lugar a un fenómeno oportunista que es «la gran aldea global». La audiencia es una realidad que nadie ha creado pero que ha obtenido carta de naturaleza con la misma contundencia que el concepto de masa crítica en la física. La audiencia es sólo un concepto operativo que sirve para definir al conjunto de individuos que tienen acceso a una misma información en el mismo periodo de tiempo. En definitiva, y si aceptamos la definición de que el límite de un grupo humano está marcado por la información que comparte, no queda duda de la importancia de los medios en la construcción de la mundialización. No es casualidad que el concepto de aldea global surja desde la teoría de la comunicación.

En este caso, los medios han sido un elemento clave para poner de nuevo de manifiesto cómo la tecnología ha cobrado un poder cuyo alcance no controlamos, y asimismo para hacer evidente el efecto de la relación particular entre conocimiento, comportamiento y tecnología. El postulado de la audiencia como realidad aparentemente neutra en cuanto a su poder, puede ser contestado por acontecimientos tan claros como el que nos ocupa. No podemos ignorar la fuerza de que en el mismo momento que se producía el acontecimiento estremecedor de doble diana —el derrumbe en directo de uno de los símbolos más evidentes de la moderna iconografía de lo urbano, en el núcleo de lo urbano por antonomasia— millones de personas en todos los puntos de nuestra aldea global se quedarán atónitas al mismo tiempo,

como un solo hombre, ante las pantallas planas de los televisores. Y todas dudando entre si lo que veían era una nueva edición de *La guerra de los mundos* o el Apocalipsis.

Como en un mágico momento de iluminación, ante esas imágenes incomprendibles la humanidad mediática quedó paralizada y esperando una respuesta que no se producía, para acabar entrando, compungida y obligada, en un espacio incómodo; el de las preguntas. El *panoculos*, el ojo que todo lo ve, mostró la dimensión más cruda de sus limitaciones en aquella cinta sin fin de aviones que derribaban torres, y ponía de manifiesto que ver y saber no son condiciones intercambiables.

Lo real sin guión es la antítesis de nuestra esencia de ser, porque cuando fuimos conscientes de la falta de sentido fue cuando más amenazados nos sentimos. Una y otra vez, las mismas imágenes se repetían sin argumento, hasta la saciedad, poniendo en evidencia que la televisión no es nada cuando la información no tiene relato; es un robot, fiel pero no leal, que nos regala actos pero no nos da su corazón, no nos alienta. Aunque parezca sencillo asumir que existe un sentimiento transnacional compartido, no deja de ser notable el que se haya vivido de forma simultánea y compartido universalmente un estado de conciencia del desconcierto.

***La televisión
no es nada cuando
la información
no tiene relato.***

Mientras el guión de la película universal se resolvía en otras esferas, desesperados más que nada ante la falta de secuencia los dueños de la opinión clamaban desde los medios como corifeos en el entreacto, pidiendo a la realidad que se convirtiera en la noticia esperada. Algo así como la soflama anti-francesa con la que aquel poeta desconocido vapuleó las conciencias cuando España fue invadida por Bonaparte: «”¡Guerra!” gritó ante el altar el sacerdote con ira, “¡Guerra!”» repitió la lira con indómito cantar ...».

Probablemente, los casi treinta días de *impasse* desde que cayeron las torres hasta que empezó la guerra contra Bin Laden y Afganistán hayan sido los más críticos para la historia de la información mediática. Pues pusieron de manifiesto la conciencia del horror, y la falsedad de la creencia, universalmente compartida, de que el simple acceso a las tecnologías de la comunicación da sentido a los acontecimientos.

Y, para retomar el concepto riesgo al que me he referido más arriba, con respecto a la vida los medios han puesto de manifiesto en estos días el aprendizaje mundial de la diferencia entre riesgo y catástrofe. La retransmisión en directo del ataque a las Torres Gemelas a través de la televisión demostró que el terror producido por seres humanos es de una dimensión tan catastrófica como el huracán, y tan imprevisible como la fuerza

del fuego. Hablando en términos de la sociedad del riesgo, puso en crisis el principio de confianza en nuestras instituciones, que habían sido claramente ineficaces a la hora de evaluar el efecto *boomerang* de sus intervenciones.

En este sentido, la guerra virtual pone a nuestra disposición un marco idóneo para entender los esfuerzos por restaurar el espacio del riesgo como gestión calculada del peligro frente a la amenaza, allí donde se ha producido la fuga hacia la imprevisibilidad absoluta. Es un aprendizaje duro, sobre todo para la información que, acostumbrada a un código que engrana la información secuencialmente creando un relato tranquilizador, difícilmente se acostumbra a la pausa y al silencio.

La respuesta del gobierno de Estados Unidos ha sido un verdadero alarde pedagógico de modernidad radicalizada; rompió el código de lo esperado y, aparentemente con sentido de la responsabilidad, dio una lección ejemplar de reconversión y reflexión ante una situación inesperada. En el contexto de los medios, como reflejo de lo que ya era un orden controlado, una primera reacción fue la de sorpresa ante el hecho de que se supeditara el sacrosanto derecho de la libertad de información a la oportunidad de difundir ciertas informaciones o cierto tipo de imágenes, ya que un exceso de dramatismo informativo podría ocasionar un movimiento incontrolado de la opinión pública que presionara hacia una respuesta ciega con consecuencias imprevisibles. Interviniendo directamente o a través de un sutil control, las instituciones de EE.UU. consiguieron que los medios de comunicación re-estructuraran la información dirigiéndola desde el espacio de la emotividad al del riesgo controlado.

***El ataque a las Torres Gemelas
puso claramente en crisis
el principio de confianza
en nuestras instituciones.***

Este control de la información está siendo una fuerza táctica de primer orden dentro de un movimiento estratégico más general dirigido a imponer la reflexión, la evaluación de coste y beneficio con respecto a la solución del problema. Controlar la opinión pública es necesario para conseguir ajustar la respuesta política a un escenario de mínimos riesgos.

EE.UU., como víctima a la que se le reconocía el derecho a la venganza, se encontraba en una situación muy particular debido al eco mismo que había tenido el ataque. Se enfrentaba a situaciones insólitas de solidaridad que paradójicamente complicaban y limitaban la velocidad de su reacción, quedando atrapada entre su derecho a réplica y el posible efecto *boomerang* de su respuesta. Las declaraciones contradictorias, cuando no ambiguas o cargadas de retórica patriótica sin contenido, que inundaban los medios de comunicación de todo el mundo no dejaban duda sobre la indecisión del gobierno de EE.UU. en esos días.

Sin embargo, hay que entender que, más que desconcierto, lo que se estaba produciendo era la necesidad de tomar decisiones razonadas ante acontecimientos nuevos históricamente, más allá del mismo atentado. Prueba de la complejidad del proceso de toma de decisiones es el hecho de que la dilación de la respuesta respondiera a un plan. Las acciones subsecuentes nos permiten considerar la importancia de esta actitud de control, basándonos en el análisis de las noticias reflejadas en los medios.

La primera respuesta trascendente que indica el cambio hacia un nuevo planteamiento fue que las instituciones monetarias intentaran por todos los medios controlar la caída de la bolsa, lo cual

***Tras el atentado,
el primer objetivo
fue defender la economía,
no a la población.***

abre varias cuestiones interesantes. La primera de ellas, que el objetivo principal era la defensa de la economía y no de la población. La segunda, consecuencia de la anterior, que el mercado es la institución que metafórica y realmente mejor representa el espacio más sensible a la amenaza.

Históricamente, el escenario del discurso de respuesta y de estabilización ante la amenaza ha sido el territorio geográfico; en este sentido, nos encontramos ante el reconocimiento explícito de un cambio de conciencia importante. Paralelamente a la intervención de liquidez surgía, entre confusas informaciones que parecían transmitir indecisión y puntos de vista encontrados entre los máximos responsables de la seguridad nacional americana, el concepto de plan. Éste, aunque impreciso en cuanto a su forma concreta, se formulaba como la intención de acabar con la incertidumbre máxima, es decir, con el terror, reconvirtiendo así la amenaza en riesgo.

El plan mismo, con su cambio de nombre de *Justicia infinita* a *Libertad duradera*, implica la conciencia de un cambio en el escenario internacional, sutileza que antes no formaba parte de las sus acciones bélicas de los EE.UU. Mientras las voces de articulistas marcados por la nostalgia de las viejas respuestas contundentes y rápidas se manifestaban, quejas porque ya nada sería como antes —sobre todo porque parece

***En definitiva,
se está defendiendo
el valor de la vida
en términos económicos.***

que viajar en avión se está poniendo difícil—, otros reflexionaban sobre la nueva cara de la denostada globalización, que aparecía como oportuna garantía de control de un conflicto mundial. En efecto, la mundialización de los intereses supranacionales, que ahora no vamos a discutir, se reflejó en el clamor de manifestaciones solidarias que inundaron los medios de comunicación, empezando por las de aquellos más marcados por la sospecha —Yassir Arafat donando sangre para las víctimas de los atentados—, hasta los más ajenos, que en las fronteras orientales se solidarizaban con la razón.

Al tiempo de su solidaridad, sin embargo, expresaban algo más que su condena: dejaban traslucir una vaga pero clara advertencia de que las guerras unilaterales habían terminado.

Con mayor o menor discurso, la delimitación entre los unos y «los otros = enemigos», fue tan clamorosa que se generó un verdadero problema a la hora de buscar culpables que castigar real y virtualmente.

Para mayor desconcierto, prisioneros de lo políticamente correcto los medios se encuentran atenazados entre la falta de información concreta y el espacio de la elucubración que manejaron en los primeros momentos. Tan limitados están que ni siquiera pueden recurrir a las ideas religiosas para distanciar puntos

de vista porque, al fin y al cabo, hasta el fundamentalismo religioso está amparado por el derecho a la libertad de conciencia y no lo podemos combatir por la fuerza de las armas.

Las filigranas de periodistas, políticos y autorizados portavoces de la opinión pública a la hora de ideologizar el conflicto, son dignas de la antología del disparate, y en un importante número de casos rompen las normas básicas de la razón discursiva e incurren con grave responsabilidad en la demagogia. El «nominalismo» ha obrado milagros ante este dilema dando la oportunidad de clasificar la amenaza, lo cual, aunque no se la puede criticar en su peculiaridad, al menos permite darle un nombre.

Al final, la compleja respuesta ha encontrado un viejo cauce y se ha resuelto en una acción bélica convencional que hace equilibrios políticos sobre la punta de una lanza, en el pequeño ombligo simbólico entre el Islam, Oriente y Occidente. Mientras, los medios de comunicación, absolutamente confundidos entre lo que pueden y no pueden decir, entre lo que saben y no saben, dejan al mundo, que no vivía de desconcierto, casi satisfecho asumiendo sin ningún rubor un despliegue armamentístico y político de las características del que estamos viviendo. Un plan de objetivos que amenaza con diez años mínimo de actividad, es la respuesta de los EE.UU., la OTAN, Rusia y hasta del dormido dragón chino, a las obsesiones de un saudí iluminado que tiene cogidas por el cuello a las democracias parlamentarias del mundo con un ejército de 45.000 individuos que lo único que leen es el Corán, y que en sus campamentos perdidos en las montañas afganas disponen de la máxima tecnología militar e informática para poner en vilo nuestras formas de vida. La potencia de las armas jus-

ticias, por lo que se ve, no alcanza la potencia destructiva de los seres humanos que deciden acabar con su vida y llevarse por delante la de otros.

Este relato de la guerra es difícilmente asumible desde un análisis racional, aunque simbólicamente tiene toda la fuerza necesaria para transmitir con total contundencia que se está luchando contra el cuestionamiento de las razones para vivir. En definitiva, se está defendiendo el valor de la vida en términos económicos, frente al poco valor que alcanza en el mercado una vida que sólo depende de Dios. El mercado como construcción de riesgos asumidos en aras de un mayor beneficio es una expresión de la razón y se enfrenta al desprecio de los que consideran absurda la acumulación de riquezas como razón existencial.

La dimensión antinatural del suicidio asesino es la amenaza que se quiere sepultar bajo las toneladas de despliegue armamentístico y las noticias sin cuestionar, porque su alcance supondría destruir la cohesión de la confianza en un mundo al que ya no sustenta la razón. La fuerza de este vínculo amenazado es tan fuerte que cualquiera que en un mal día haya pensado en salir de casa por la ventana en vez de por la puerta, puede comprender el abismo que se abre cuando el instinto de supervivencia deja de sustentar el edificio. Así, se está informando en los medios occidentales de una acción bélica aparentemente desproporcionada, mientras Al Yazira se prepara para ganar el Pulitzer de este año apoyándose en la consistencia informativa que produce ver la guerra desde los ojos del atacado. Es de esperar que los gobiernos participantes en la cruzada de barrida de Afganistán del mapa sepan cuál es el verdadero alcance de este *potlach* armamentístico que la

***El relato mediático
refleja un cambio
importante en el
imaginario del mundo.***

audiencia no entiende en su dimensión concreta.

La reflexión que quisiera plantear es cómo el relato mediático está reflejando un cambio importante en el imaginario del mundo, poniendo en evidencia la brecha entre los comportamientos esperados, los que se producen, su discurso y la construcción del miedo y su respuesta. Creo que esta crisis ha puesto de manifiesto que los cambios en el mundo todavía no han alcanzado la representación suficiente en la conciencia colectiva; estamos mundializados pero no sabemos cómo asumirlo. También es obvio un pálido reflejo de la esperanza en la razón con respecto a la construcción de la convivencia, y aunque ésta no parece heredera de la Ilustración, puede ser aceptable como razón instrumental que diagnostica riesgos y los limita.

Estamos muy limitados para comprender la compleja realidad a la que nos lleva una sociedad globalmente interdependiente, y en los movimientos de ajuste a esa nueva dimensión el mundo tiene que resolver cuentas pendientes, entre ellas la imposibilidad casi metafísica de poder consolidar sus planes de gestión del riesgo mientras queden focos de conflicto y de violencia sin resolver.

En realidad, a lo que tenemos que enfrentarnos es a que la conciencia de la realidad, de la cual la información es

condición necesaria, debería ser tan compleja como la realidad misma; de manera que la máxima «Nada humano me es ajeno» se convirtiera, por razones de pura supervivencia, en una exigencia de la especie.

El problema ha crecido sin que haya crecido la solución y esta es una situación que en una sociedad del riesgo resulta inaceptable. Decía Daniel Bell, refiriéndose a los cambios que la mundialización apunta, que los Estados nacionales se han hecho demasiado pequeños para abordar los grandes problemas de la vida y demasiado grandes para abordar los pequeños (*The World and the*

United States in 2013). En cualquier caso, no parece que la modernización ni la globalización hayan sido todavía capaces de encontrar una alternativa menos dramática a la solución de los conflictos que la guerra. Pero el que la guerra deje de ser la solución quizá pueda inferirse del poco interés que suscita una vez que se ha declarado. También es importante el cambio en el punto de vista que se ha producido gracias a que se contabilizan más los efectos colaterales que los objetivos. Al final, nos salvarán los certificados de excelencia del buen hacer y las guerras dejarán de ser rentables por los pocos beneficios que aportan y los riesgos que comportan.
